

PSICOLOGÍA DEL ÉXITO

La gloria es el alcohol de los elegidos. La primera vez embriaga; después se convierte en imprescindible necesidad.

El espíritu se adapta á ella insensiblemente. El primer éxito, grande ó pequeño, es perturbador; el favorecido siente una indecisión extraña, un cosquilleo moral que produce placer y molestia al mismo tiempo, como esa emoción que siente el niño de quince años cuando se encuentra á solas por vez primera con una mujer amada. Es dulce, pero infunde temor; estimula, pero inhibe; instiga, pero detiene. Angel Mosso ha descrito admirablemente esa emoción del primer éxito, en el prólogo de su conocida monografía sobre el miedo. Sin embargo, la inhibición pasa y el impulso continúa.

Mirar de frente al éxito equivale á asomarse á un precipicio; se retrocede á tiempo ó se cae en él para siempre. El éxito es un precipicio irresistible, como una boca juvenil que invita al beso. Muy pocos retroceden.

Este ajeno del «yo» se brinda bajo cien aspectos, tienta de mil maneras. Nace por un accidente inesperado, llega por caminos invisibles. Basta el simple elogio de un maestro estimado, el aplauso ocasional de una multitud, la conquista fácil de una hermosa mujer; todas se equivalen, todas envenenan lo mismo. Corriendo el tiempo tórnanse imposible eludir el hábito de esta embriaguez; lo único difícil es iniciar la costumbre, como para todos los vicios. Después, no se puede vivir sin el tósigo vivificador.

Los más grandes cerebros son sus fieles servidores, le rinden homenaje. Taine conoció el goce del maestro que ve concurrir á sus lecciones un tropel de alumnos; Mozart ha narrado las delicias del compositor que oye sus melodías en labios de un transeunte que silba para darse valor al atravesar de noche una encrucijada solitaria; Rodín, en una plática inolvidable, nos descubrió la fruición con que sorprendió á dos jóvenes inglesas boquiabiertas ante su «Busto de mujer», en el Luxemburgo; D'Annunzio ha confesado que una de sus grandes voluptuosidades consiste en oír recitar sus propios versos por niñas que no le conocen personalmente; á Jean Jaurés, al terminar una de sus conferencias tempestuosas, le oímos comentar la dicha del orador que oye el aplauso frenético tributado por diez mil hombres. El fenómeno es común, sin ser nuevo. Julio César, al historiar sus campañas, nos deja entrever la ebriedad infinita del que conquista pueblos y aniquila legiones; los biógrafos de Beethoven narran su impresión profunda cuando le invitaron á volverse para mirar las ovaciones que su sordera le impedía oír, al estrenarse su novena sinfonía; Stendhal ha dicho, con la gracia ática de su prosa original, las fruiciones del amador afortunado que ve sucesivamente á sus pies, á cien mujeres. Nadie escapa á la fruición de esta sirena.

La gloria, más que un privilegio, es un derecho del hombre superior. Es el impuesto que cobra á los inferiores, en moneda sonante, bajo forma de homenaje ó de admiración. Alguno, en verdad, no logra cobrarlo en vida; es decir, no lo cobra nunca. Es injusto esperar la muerte de un hombre para glorificarlo; si algo merece debe pagársele al contado. ¿Para qué sirven las regulaciones de honorarios á difuntos? Los herederos no suelen merecerlas.

El éxito es benéfico; exalta el «yo», y por ende, estimula al hombre de méritos. Pero tiene otra virtud mayor: destierra la envidia, enfermedad pasajera de los jóvenes talentosos y ponzoña incurable de los espíritus mediocres. Triunfar á tiempo, mercedamente, es el más favorable rocío para cualquier germen de bondad. El triunfo es un bálsamo de los sentimientos, una lima eficaz para las asperezas del carácter. Solo el fracasado puede ser envidioso y maligno. Si el éxito es el mejor lubricante del corazón, el fracaso es su más urticante corrosivo.

Produce, es cierto, alguna hipertrofia de la personalidad; pero, antes que un defecto, es su consecuencia natural. ¿El atleta no tiene, acaso, músculos excivos hasta la deformidad? No podría ser de otro modo; la fisiología enseña que la función hace al órgano. Los psicólogos podrían agregar que el «yo» es el órgano propio de la gloria.

Esa hipertrofia solamente es ridícula en el hombre mediocre, porque apenas llega á ser vanidad; en el hombre superior es un adorno, el simple exponente de su fuerza. El músculo abultado no es ridículo en el atleta; en cambio lo es toda adiposidad excesiva, por que es lo monstruoso, inútil é inexplicable: como la vanidad del insignificante. Sarmiento no habría sido completo sin su megalomanía.

La conciencia de la propia gloria es benéfica: suprime toda pequeñez moral y toda baja. Un triunfador no puede envidiar, como á nadie envidia el loco feliz que vive con delirio de las grandezas. Todo hombre que siente la caricia del éxito lleva en sí un poco de la «gloriosa megalomanía» —permítasenos recurrir para estas cosas á la jerigonza literaria de Sicardi —que impide envidiar. La grandeza puede coexistir con el odio, con la violencia, con la maldad también; pero cuando se es verdaderamente grande no cabe ser envidioso, bajo ó pequeño. César aniquiló á Pompeyo, sin rastroerías; Donatello venció con su «Cristo» al de Brunelleschi, sin baja alguna; Nietzsche fulminó á Wagner, sin envidiarlo. El éxito da á sus favoritos cierto ademán trascendente y apocalíptico; el fracaso vuelve miopes y reptiles á los suyos.

Ante un hombre envidioso después del éxito, podemos suponer que el juicio público es innecesario. Es un mediocre; sabe su mediocridad y comprende que sólo puede permanecer en la cumbre impidiendo que otros lleguen hasta él. Se defiende.

Para endulzar á un gran hombre triste habría que prodigarle todo el éxito que merece. Un médico psicólogo debiera contar la gloria entre los mejunjes de su terapéutica. A todo hombre superior minado por inexplicables neurastenias, habría que recetarle así: «Gloria (por cucharadas)». Pero la ciencia marcha á paso de tortuga; estas drogas útiles no se despachan en las farmacias.

J. INGENIEROS.

(De la Universidad de Buenos Aires).